

**EL MÁS HUMANO DE  
LOS SENTIMIENTOS**

**Sobre el origen de la culpa en el hombre**



## I. “La oscura huella de la antigua culpa”

Como venimos viendo, la vida afectiva no comenzó con el hombre. Desde sus propias disciplinas, tanto Darwin como Freud mostraron que las emociones son resultado de la evolución lo mismo que el resto de los procesos vitales.

La idea de una continuidad psico-biológica no impide sin embargo admitir la aparición de novedades evolutivas. El sentimiento de culpa es un ejemplo. Parece una vivencia sin antecedentes en otras especies.

En el capítulo anterior nos ocupamos de las culpas y las defensas circunstanciales. Pero ahora nos vamos a ocupar de lo que con toda razón podemos llamar la *culpa originaria*, el sentimiento de culpa estructural que se presenta como parte de la naturaleza del hombre.

Para la tradición judeo-cristiana, según el relato bíblico, la culpa ingresa en la creación con la presencia del hombre. El *pecado original* trajo como castigo la pérdida del paraíso terrenal y de la felicidad. Para algunos, la primera caída fue un pecado sexual, para otros fue el de la desobediencia y la soberbia de querer ser como Dios. Otros piensan que fue una mezcla de ambas cosas. De lo que no hay duda es de que el pecado, la culpa, el castigo y el perdón son propios de la condición humana.

Para la cultura griega, el origen de la culpa es un enigma. En la tragedia *Edipo Rey*, Sófocles cuenta que Edipo —quien sin saber había matado a su padre y se había casado con su madre, con la que tuvo dos hijos y dos hijas— gobernaba Tebas dignamente y en paz. Pero un día el reino comenzó a ser asolado por la peste y los tebanos consultaron al oráculo. La respuesta fue enigmática: la peste cesará cuando sea expulsado del territorio nacional el asesino de Layo. Pero Layo ha muerto hace mucho

tiempo y nadie sabe –ni el mismo Edipo– quién lo mató: “¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?”.

Dos mil quinientos años después los humanos seguimos buscando la respuesta.

Freud partió del estudio de la vida pulsional, lo “animal” en el alma humana, y se topó con la conciencia moral y la culpa, un sentimiento profundo y oculto, es decir inconsciente, pero que justamente por eso puede llegar a ser un pesado lastre que impide levantar el vuelo.

Frente al que es quizás *el más humano de los sentimientos*, el padre del psicoanálisis no pudo menos que buscar, también él, una respuesta a la pregunta milenaria sobre su origen. Y como siempre, indagó en las historias que nos constituyen.

## **2. El origen infantil del sentimiento de culpa**

El niño llega al mundo sin capacidad para sobrevivir por sus propios medios, de modo que necesita de la ayuda de los adultos, no solo para satisfacer sus necesidades más primarias, sino también para aprender que no se pueden cumplir inmediatamente todos los deseos y los impulsos agresivos y sexuales.

Si quiere sobrevivir el niño tiene que *adaptarse a la realidad* –que no permite la satisfacción de las necesidades sin considerar las circunstancias–, y tiene que *inscribirse en el contrato social* –que le exige renunciar al uso de la violencia a condición de que todos lo hagan–.

Por amor a quienes lo cuidan y le dan cariño, y también por miedo a su rigor, el bebé va incorporando los mandatos y enseñanzas de los adultos. Paso a paso, la voz de los padres y educadores se va transformando en la conciencia moral, esa voz interior que nos elogia íntimamente cuando hacemos algo

bien y nos hace sentir culpables cuando hacemos algo mal.

Pero aquí el psicoanálisis llegó a un descubrimiento sorprendente: el sentimiento de culpa puede surgir incluso cuando no hemos hecho nada malo y, más aún, aunque hayamos hecho todo bien. ¿Cómo se explica esta culpa “injustificada”?

Sucede que la conciencia moral no nos castiga por acciones realizadas, sino por acciones deseadas. Lo peor es que ni nosotros conocemos los deseos por los que somos condenados, porque son deseos que hemos reprimido. Nuestra conciencia moral sabe de ellos y nos sanciona como si efectivamente hubiéramos llevado a cabo lo que con tanto esfuerzo habíamos logrado reprimir.<sup>40</sup>

Como todos hemos tenido impulsos primarios que debimos reprimir, nadie escapa de esta culpa, que por eso es *universal y originaria*.

Sin embargo, sus consecuencias son diferentes según cómo se tramitó el proceso represivo. Algunos han renunciado mal y se integran insuficientemente en la sociedad, violando las leyes todas las veces que pueden –aunque, paradójicamente, no suelen ser ellos quienes más culpables se sienten–; otros se integran y se permiten transgresiones creativas que le permiten vivir con cierta libertad y sin hacer daño; otros se someten rígidamente, pero sufren al ver los constantes incumplimientos de quienes quebrantan el contrato sin que les llegue el castigo merecido.

El modo de vivir el universal sentimiento de culpa depende también de historias familiares y culturales. Hay hijos que car-

---

<sup>40</sup> Para el psicoanálisis, la palabra *represión* implica algo más que un control consciente de las pulsiones. La represión es un mecanismo de defensa que sucede casi sin que el propio sujeto se dé cuenta, de modo que *uno ni siquiera se entera de haber tenido los impulsos que caen bajo la represión*.

gan con mandatos incumplibles, hay familias en las que la culpa es un lastre acarreado por generaciones. Y hay pueblos que por sus mitos y su historia arrastran la culpa como una condena.

### **3. El origen antropológico. La culpa en la historia de la humanidad**

El trabajo de autocontrol que atraviesa cada niño repite el grandioso proceso de autocontrol que debió cumplir la especie humana para dar origen a la civilización.

En su famoso libro *Tótem y tabú*, Freud se sumerge en la antropología social para ofrecernos su hipótesis sobre la génesis de la cultura. Con la particular mirada del psicoanálisis, imagina cómo fue el proceso de hominización. Y nos sorprende descubriendo algo paradójico, la cultura surgió como consecuencia del pecado y la culpa originarios.<sup>41</sup>

Partió de explicar el totemismo, la primera forma de organización social y religiosa que ya se considera humana. El tótem puede ser un ser animado o inanimado –habitualmente es un animal– que protege a los miembros del clan. Ellos creen descender de él y lo adoran. Los pre-historiadores y antropólogos no daban con una explicación convincente acerca de por qué en todos los lugares donde se practicaba el totemismo coincidían dos tabúes aparentemente inconexos: no matar al tótem y no tener sexo con mujeres del mismo clan totémico.

Para comprender la coincidencia Freud reconstruyó algunos eslabones de la prehistoria. Por lo que se sabe, antes del totemismo, los hombres primitivos vivían en pequeños grupos, con un orden social mínimo, que no llegaban a ser tribus. La

---

<sup>41</sup> Sigmund Freud (1913-14): *Tótem y tabú*, *Sigmund Freud Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976/85. Tomo XIV

antropología las llama hordas primitivas. El macho más fuerte tenía todo el poder. Las hembras eran de su exclusiva propiedad. Bajo el poderío de ese “protopadre”, ellas y los machos más jóvenes y más débiles se sentían protegidos, pero también sufrían por el rigor de su dominio cruel.

En algún momento, los machos jóvenes se unieron y mataron al padre poderoso y según las costumbres canibáticas, lo devoraron. Creían que así se apoderaban de sus cualidades: su fuerza, su poder, su autoridad.

Después de la matanza y la devoración, sucedió algo extraordinario: el cuerpo del padre primordial no estaba allí, pero igual se sentía su presencia. Los hijos tenían miedo de su venganza y comenzaron a extrañar su protección. Y *por primera vez comenzaron a sentir culpa*.

Después del crimen, sucedió que ninguno de los jóvenes se animaba a ocupar el lugar del padre muerto ni a poseer a las hembras, por temor a correr la misma suerte. O sea, el “protopadre” temido ya no estaba, pero sus prohibiciones seguían teniendo vigencia: los hermanos consensuaron renunciar a las mujeres del clan —primera prohibición del incesto— y eligieron un animal totémico, sustituto del padre, al que tendrían prohibido matar.

De ahí que, por paradójico que parezca, el puntapié inicial que dio origen al primer contrato social y a la cultura fue la matanza salvaje y violenta del padre primordial.

Repasemos la trascendencia ese crimen como “hecho” fundante.<sup>42</sup> Por primera vez se tuvo la vivencia de la existencia

---

<sup>42</sup> Pongo “hecho” entre comillas porque lo que narro sintéticamente como si hubiera sucedido una sola vez se repitió en los orígenes de la cultura humana a lo largo de decenas de miles de años. Es decir, no se trata de un hecho, sino de un proceso.

del espíritu, porque se sentía la presencia del padre aunque el cuerpo no estaba allí. Esto implica la separación entre la idea y la materia y en consecuencia la posibilidad de generar el símbolo: un representante de algo que está ausente. También surgen de allí las dos primeras prohibiciones culturales, el tabú del incesto y el parricidio. Es decir, se selló el primer contrato social. Y todo esto sustentado sobre el extraordinario esfuerzo que tuvo que hacer el hombre primitivo, en la noche de los tiempos, para dominar sus pasiones agresivas y sexuales.

Esa es la *gran gesta cultural* en la que el ser humano sigue empeñado, porque las pulsiones agresivas y sexuales son poderosas. Indomeñables, están al acecho en el fondo de nuestra naturaleza. Cuando encuentran una grieta, muestran su fuerza salvaje en abusos y hechos de violencia que más nos espantan.

En síntesis, la culpa originaria proviene de dos raíces. Una, colectiva, histórica y de herencia cultural: la matanza del padre y los deseos incestuosos –el querer ser como Dios y el pecado sexual de Adán y Eva–. Otra, individual, propia de cada historia infantil, consecuencia del proceso siempre imperfecto de dominar las pasiones.

#### **4. Germán y sus delitos incomprensibles**

Se acostó en el diván como siempre. Estuvo en silencio un breve tiempo, como siempre. Pero empezó con una noticia impactante.

–Tuve que renunciar al Centro Cultural y me voy a tener que ir de la Cátedra –dijo.

No sé si llegué a articular alguna expresión de asombro. Desde hacía tres años, cuando se instaló en Buenos Aires, esas dos cosas le ocupaban todo el día y le llenaban la vida, nada hacía pensar que eso se estaba por terminar.



No quiso hacer mucho misterio y empezó a explicarse.

—Lo que pasa es que yo me venía mandando una cagada de la que nunca te dije nada. Había una persona que comenzó a hacer donaciones de mil pesos por mes, y después de las primeras veces, como vivía lejos, le quedaba más cómodo darme el dinero a mí. Yo le hacía un recibo provisorio, pero nunca llevé la plata al Centro. La semana pasada, justo que yo estaba almorzando, va el tipo a pedir el recibo oficial y saltó todo. Enseguida subí a hablar con Kruger, le dije que yo tenía toda la plata, en una hora estaba el efectivo ahí y todo quedó medio tapado. Pero tuve que renunciar sin decir una palabra. Cualquiera otra cosa hubiera sido peor. Y de la cátedra me tengo que ir. ¿Con que cara lo voy a mirar a Kruger?

Yo estaba atónito y él lo sabía. ¿Qué comentario o pregunta podría haber hecho? No esperó que dijera nada y, con más alivio que vergüenza, siguió:

—Sé que es una boludez, no sé por qué lo hice, si yo la plata no la necesito, es menos del tres por ciento de lo que retiro por mes del estudio. Ahora lo que más me preocupa es que se corra la bola.

Yo estaba desorientado. El alma humana es insondable y cuando uno menos lo espera se encuentra con recovecos inimaginables. Los psicoanalistas tenemos la ventaja de que nos podemos tomar tiempo. Hace tres años que se vino a Buenos Aires desde Córdoba —Germán es contador y tiene treinta y siete— porque Kruger, que es un patriarca con ascendencia sobre toda la familia, le ofreció coordinar el Centro Cultural y llevarlo con él a la Cátedra en una prestigiosa universidad privada. Estuvo casado dos años y no tuvo hijos. Cuando llegó a la capital quiso comenzar un tratamiento psicológico porque al separarse, a los veintiséis años, se le había reactivado “una antigua inhibición y no quería o no podía estar con mujeres”.

—Espero que Kruger no diga nada, porque si esto trasciende en la familia...

Su papá nació en Argentina, pero es de una familia alemana, muy católica y de principios rígidos. Su mamá también es descendiente de alemanes, pero radicados aquí hace mucho tiempo. Ahora es un gentleman atildado, exitoso y simpático, pero había sido un chico triste y retraído. Había sufrido muchísimo por la vergüenza que le daba la enfermedad psiquiátrica de la madre. Ella, cuando estaba bien, declamaba afecto, pero en realidad nunca había tenido un verdadero contacto con él ni con ninguno de los hijos. Los tres hermanos no podían hablar de lo que le pasaba a la madre. En realidad, no podían hablar de nada. Cuando se reunían a comer en familia, se conversaba sobre superficialidades. El padre pontificaba principios y la madre recitaba sentimientos que no se traducían en hechos. La única hermana mujer había encontrado la solución de irse a vivir al extranjero hacía diez años.

—Nunca te dije, pero este sentimiento lo tuve muchas veces. Es vergüenza, persecución, no sé, es lo que sentía sobre todo en los últimos grados de la primaria. No sé por qué, porque yo era un pibe como los otros. Después me pasó con las mujeres. Un poco menos esos años que estuve con Ingrid. Nadie se da cuenta, mis amigos creen que soy seguro, por como manejo las palabras, pero eso es una defensa que aprendí con mucho ejercicio.

El jardín de infantes y la escuela primaria Germán los había cursado en un colegio de monjas alemanas, y pese a que no era un ambiente extraño para él siempre sintió que tenía que hacer enormes esfuerzos para que no se dieran cuenta de que él se sentía menos que los demás. Los recuerdos de la escuela le dolían más que los de su infancia en familia, porque de chico en su casa no se acordaba de nada.

Todo lo que yo sabía de su vida se proyectó ante mí a la velocidad de la luz. Todo tenía que reacomodarse para encontrar el sentido de semejante desatino.

Hizo un breve silencio y remató su relato con una reflexión sentida.

—¡Qué cagada, no sabés lo mal que estoy!

Dejé que el sentimiento se asentara y después pregunté.

—¿Y alguna vez te había pasado algo así?

—No. Nunca me quedé con plata... Bueno, sí, con plata no me quedé, pero algo de eso me pasó otras veces. Es algo muy raro, yo no me lo explico y me da mucha vergüenza. Cuando me vine de Córdoba fue un poco porque Kruger me ofreció lo del Centro, pero era también que yo me quería ir, porque la gente que yo frecuentaba había empezado a sospechar de mí, al menos eso creía yo.

—¿Sospechar?

—Sí, bueno, eso es lo que me pasa y no entiendo. Una vez, en una reunión, me hice el boludo y me llevé un chaleco que había quedado medio perdido. En otra ocasión fue una campera. Pero es un quilombo, porque después no la puedo usar, tengo miedo de que me vean con la ropa que no es mía.

—Te trae más problemas que beneficios.

—¡Sí, lejos! Además, con la plata que me toca a mí de la cosecha del campo del abuelo, ¿qué necesidad tengo?

—Sí, no se entiende. Mejor dicho, no se entiende cuál, pero alguna necesidad que no entendemos debe ser la que te lleva a hacer esas cosas.

## 5. Las claves de la culpa I

Cuando Freud se planteó esta cuestión, llegó a una respuesta inesperada. Lo primero que observó es que a la realización de este tipo de delitos —más o menos graves— sigue un alivio anímico. Y concluyó que esos pacientes sufrían de una intensa culpa, de origen desconocido, de modo que llegaban a delinquir para tener un motivo real al que atribuir su sentimiento de culpa. Una culpa con motivo es menos inquietante que un oscuro sentimiento que amenaza como un perseguidor que no se sabe dónde está.

Creo que a Germán cabe incluirlo entre “los que delinquen por conciencia de culpa”. No sabemos si comenzó a sentir alivio cuando se fue quedando con el dinero del donante o con ropa ajena. Lo que yo pude ver es que Germán se sintió aliviado cuando me lo contó. Si bien el alivio que sigue a la confesión no es exactamente el mismo del que hablaba Freud, tal vez tenga idéntico mecanismo: tener un censor externo, localizado, frente a quien sentir la vergüenza, es menos inquietante que escuchar una voz crítica y humilladora dentro de uno, sin posibilidad de hacerla callar.

Sobre la cuestión de fondo —de dónde viene esa culpa previa al delito— repica una vez más la pregunta sobre “dónde hallar su oscura huella”. Y de nuevo la misma respuesta: en los impulsos infantiles reprimidos y en la historia del hombre.

La escueta expresión de Freud habría sido que “este oscuro sentimiento de culpa brota del complejo de Edipo”. Pero él sabía realmente de la *complejidad* del complejo de Edipo. No se trata de que el niño se enamore de la madre o la niña del padre. Se trata de la trama emocional más significativa de nuestra vida: *la constitución de la díada originaria madre-bebé y la paulatina inclusión del tercero*. Procesos en que el amor y la discordia siempre están presentes.

Conscientemente no recordamos nada de esa historia. Pero quedan huellas imborrables que determinan en gran parte nuestro destino. Confiados, cariñosos, tranquilos; inseguros, agresivos, celosos; infinitas formas de ser que se moldearon en el transcurso de nuestros años tempranos.

Aunque sabemos poco de la historia de Germán igual podemos hacernos una idea acerca de las marcas que le dejó “su Edipo”. Para ser el gentleman que es hoy, sin duda Germán tuvo que procesar sus pasiones. Pero fue un trabajo logrado solo en parte, debido en gran medida a que sus padres no fueron buenos colaboradores en esa tarea.

El papá, que parecía asustarse de sus propios impulsos, poco pudo haber ayudado a Germán a que no se asustara de los suyos. Un chico se asusta frente a sus pulsiones porque piensa que ellas lo van a dominar. Lo que más calma esa angustia —el mejor ansiolítico— es la mirada tranquilizadora de los padres.

Pero esto fue todavía más penoso para Germán en la historia con su mamá. No tanto por la vergüenza de la enfermedad. Lo que lo lastimó fue la distancia afectiva. Un chico que no siente el amor de su mamá *se siente malo*. Porque sentirnos queridos es casi lo mismo que sentirnos buenos.

Con ese peso anda Germán por la vida. Sonriente y exitoso, carga la convicción oculta de que es malo y no sabe por qué.

## **6. Las claves de la culpa II. Un fragmento de Freud**

Hay otra conducta incomprensible, no tan infrecuente, que encuentra su explicación en el oscuro sentimiento inconsciente de culpa. Es la de esos pacientes a los que Freud llama “los que fracasan cuando triunfan”, porque, paradójicamente, se enferman justo cuando logran lo que venían persiguiendo durante largos años.

Para ejemplificar estos casos, prefiero darle al lector la posibilidad de disfrutar un fragmento de texto freudiano.

Tuve oportunidad de tomar conocimiento del destino de una mujer, que quiero describir a modo de paradigma (...).

De buena cuna y bien criada, no pudo de muchacha, aún muy joven, poner freno a su gana de vivir; escapó de la casa paterna y rodó por el mundo de aventura en aventura, hasta que conoció a un artista que supo apreciar su encanto femenino, pero también atinó a vislumbrar que había en la descarriada una disposición más fina. La recogió en su casa y ganó en ella una fiel compañera, a quien sólo parecía faltarle la rehabilitación social para alcanzar la dicha plena. Tras una convivencia de años, él impuso a su familia que la aceptase y estaba dispuesto a hacerla su mujer ante la ley. En ese momento empezó ella a denegarse. Descuidó la casa cuya ama legítima estaba destinada a ser ahora, se juzgó perseguida por los parientes que querían incorporarla a la familia, por celos absurdos bloqueó al hombre todo trato social, lo estorbó en su trabajo artístico y pronto contrajo una incurable enfermedad anímica.

Otra observación me mostró a un hombre respetable en grado sumo, un profesor universitario que había alimentado durante muchos años el comprensible deseo de convertirse en sucesor de su maestro, el que lo había introducido en la ciencia. Cuando, tras el retiro de aquel anciano, los colegas le comunicaron que lo habían elegido a él, y a ningún otro como su sucesor, empezó a intimidarse, empequeñeció sus méritos, se declaró indigno de desempeñar un puesto que se le confería y cayó en una melancolía que durante algunos años lo inhabilitó para cualquier actividad.

Por diversos que sean estos dos casos en otros aspectos,

coinciden en uno, a saber: que la contracción de la enfermedad subsigue al cumplimiento del deseo y aniquila el goce de este.<sup>43</sup>

Son “los poderes de la conciencia moral” los que nos impiden disfrutar de lo logrado, va a decir enseguida Freud. Pero queda bien claro que eso es solo el título. Y vimos que la represión de los impulsos infantiles y la lucha de la humanidad por dominar las pasiones son el marco general para explicar la culpa.

Averiguar por qué y cómo, en la historia de una persona, la conciencia moral puede llegar a ser tan severa y destructiva es una tarea delicada. Se realiza paso a paso, en un proceso que tiene idas y vueltas y que inexorablemente debe indagar hasta en la intimidad más secreta. Diálogos así son poco frecuentes y solo se dan en esos casos privilegiados en que el encuentro entre paciente y terapeuta llega hasta estratos muy hondos.

---

<sup>43</sup> Sigmund Freud (1916): “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, *Sigmund Freud Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976/85. Tomo XIV. (págs. 323-4)